

«UN RITO AMAZÓNICO»  
DOCUMENTO FINAL DE LA ASAMBLEA ESPECIAL  
PARA LA REGIÓN PANAMAZÓNICA  
SÍNODO DE LOS OBISPOS

Gonzalo GUZMÁN

Con ocasión de la publicación del *Instrumentum laboris* para la Asamblea Especial para la región Panamazónica del Sínodo de los Obispos, augurábamos se diese un paso adelante para una celebración litúrgica inculturada siguiendo el modelo del misterio de la encarnación del Verbo.

Es sabido que la sagrada liturgia es «acción» del «pueblo». También es conocido en el mundo académico-litúrgico que el Rito Romano actual es fruto de una mezcla de distintas expresiones del culto cristiano al interior del continente europeo que, a lo largo de los 2000 años de la historia de la Iglesia, dieron como fruto los *ritus et preces* vigentes. Sin lugar a duda, hay una fuerte matriz romana que se vio enriquecida por el mundo germano, galo, irlandés y, en más de alguna ocasión, con influencias venidas de oriente.

La pregunta que surge al leer el Documento final del Sínodo Amazónico es si los pueblos de dicha región están hoy verdaderamente celebrando una «acción» del «pueblo» que peregrina en dicha zona del continente americano. Particularmente, detrás de los números 52-54 y 116-119 se percibe el anhelo de una verdadera celebración popular amazónica de los misterios de Cristo.

Probablemente, previendo una necesaria capacitación, hacer *mímesis* de un evento con códigos de lenguaje extraños, es posible. Pero ¿Es posible hacer *anámnesis* del Misterio Pascual con un lenguaje simbólico ajeno a la cultura local? No cabe duda de la riqueza del genio romano contenida en nuestros libros litúrgicos y su capacidad de integrar textos, cantos, gestos y ritos provenientes de diversas culturas buscando una «adaptación» (cf. VL 17). No obstante, los obispos en el sínodo, comprendieron que dicha «adaptación»

ya no es suficiente para una auténtica celebración de la fe. Una liturgia ajena al pueblo, que no nace del encuentro del Evangelio con el pueblo, que no brota de su cultura, de su cosmovisión, de sus códigos de lenguaje, pareciera ser una contradicción.

Adaptar el rito romano es una tarea difícil, requiere de expertos en diversas áreas del saber humano. ¿Es una cuestión de lenguaje? Sí, por ende requiere de buenas traducciones, expertos en la Sagrada Escritura, en la eucología romana y en las diversas lenguas contemporáneas. ¿Es una cuestión de música y cantos? Sí, por ello necesita de buenos cantautores con un serio conocimiento teológico. ¿Es una cuestión de símbolos y ritos? Sí, es necesario tener nociones de semiótica, semiología y etnología. Pero, la cuestión es mucho más compleja. Es un problema «popular». Es decir, del núcleo mismo del ser pueblo. Comprender la dinámica interna del entramado social, histórico y cultural de cada pueblo.

Ser pueblo significa ser un sujeto colectivo capaz de tomar conciencia de su existir histórico. Significa discernir frente a las coyunturas diacrónicas de la propia historia. Significa tener un fin común querido por todos. Significa plasmar respuestas a dichas coyunturas en búsqueda de dicho fin generando una cultura común. Ser pueblo no se define en «infinitivo» sino en «gerundio», es decir, «siendo» pueblo. Por ello es tan compleja la adaptación del rito romano, simplemente porque es romano y no va «siendo» amazónico, patagónico, mapuche, coreano, etc.

Para que la liturgia vaya verdaderamente «siendo» popular, es decir «acción» del «pueblo», esta debe espontáneamente surgir del encuentro del Evangelio con el núcleo religioso de cada pueblo. Aquel núcleo rico en símbolos y ritos que de modo «natural» brotan de una cultura local. Esto no significa renunciar a los contenidos y a las verdades de la fe católica, sino confiar en el espíritu humano (y en el Espíritu Santo) que es capaz de expresar y celebrar los contenidos y verdades del símbolo de la fe haciendo uso del propio universo simbólico religioso popular.

Para que la liturgia de la Iglesia no sea extraña a ningún pueblo y a ninguna persona (cf. VL 18), es quizás el momento de plantear-

nos el vencer el miedo a nuevos ritos. El Evangelio, la Tradición, la eclesiología y la teología sacramental nos entregan ya aquellos elementos que superan todo particularismo de raza o nación (cf. VL 18). El Sínodo de la Amazonía nos invita a no hablar ya de la liturgia como un ente externo que debe respetar la cultura (cf. VL 19), sino que esta debe ser en sí misma cultura.

Si esto es así, probablemente nos ahorraremos palabras como «purificar» o «adaptar», que en la práctica teológica, pastoral y celebrativa son necesarias. De igual modo, pienso, que es correcto hablar de inculturación del rito romano, pero no deberíamos hablar de inculturación de la liturgia, la liturgia de por sí nació inculturada y debiera ser inculturación en acto.

Llama la atención la mirada teológica y el análisis que el documento final del Sínodo de los Obispos hace de la piedad popular. Los números 52-54 son comprensibles a la luz del *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia* (2002) y del *Documento Conclusivo del CELAM en Aparecida* (2007), que sin duda dieron un gran aporte a la reflexión teológica, sin embargo, en estos años de pontificado del papa Francisco, él ha enriquecido la teología y el magisterio respecto a ella. En efecto, en *Evangelii gaudium* 126 la denomina como «lugar teológico» al momento de pensar la evangelización.

Una de las riquezas de la piedad popular es precisamente aquella que venimos enunciando en los párrafos superiores. La piedad popular brota como respuesta a la revelación cristiana del núcleo religioso más íntimo de cada pueblo. En palabras del papa Francisco:

La cultura es algo dinámico, que un pueblo recrea permanentemente, y cada generación le transmite a la siguiente un sistema de actitudes ante las distintas situaciones existenciales, que ésta debe reformular frente a sus propios desafíos. El ser humano «es al mismo tiempo hijo y padre de la cultura a la que pertenece». Cuando en un pueblo se ha inculturado el Evangelio, en su proceso de transmisión cultural también transmite la fe de maneras siempre nuevas; de aquí la importancia de la evangelización entendida como inculturación. Cada porción del Pueblo de Dios, al traducir en su vida el don de Dios según su genio propio, da testimonio de la fe recibida y la enriquece con nuevas expresiones que son elocuentes. Puede

decirse que «el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo». Aquí toma importancia la piedad popular, verdadera expresión de la acción misionera espontánea del Pueblo de Dios. Se trata de una realidad en permanente desarrollo, donde el Espíritu Santo es el agente principal (EG 122).

En la piedad popular se aprecian maravillosos atributos de Dios (cf. EN 48) y preciosas actitudes cristianas del pueblo sacerdotal que peregrina (cf. DA 258-265). Ella, es aún mucho más, es expresión de una mística, de una relación entre Dios y la humanidad. Al ser lugar teológico, no solo es una fuente a la cual el teólogo o pastoralista debe acudir para fundamentar *in re* su reflexión o sus metodologías, sino que es un modo concreto de manifestación divina. La piedad popular es epifánica.

Sin duda la sagrada liturgia es la acción sagrada por excelencia de la Iglesia. Esta es fuente y cumbre de toda la vida del pueblo de Dios (cf. SC 7.10). Es el misterio pascual en acto. Hoy, una o varias porciones de este pueblo no logran acudir a dicha fuente o ascender a tal cumbre. No me refiero a la escasez de sacerdotes o de ministros, abordada por el Sínodo en otros de sus números, sino, al sentimiento que brota de un hecho real, la celebración litúrgica pareciera no estar «siendo» acción de dichos pueblos porque es ajena a su popularidad. En esta tarea esencial, la piedad popular y su dinámica interna ciertamente pueden ayudar.

Es quizá el momento de asumir con valentía litúrgica las exigencias y las consecuencias del movimiento en salida del Verbo de Dios en su encarnación.